

nos ofrece Juan Ramón Jiménez en su artículo, de 1936, sobre Valle-Inclán (22); en él la figura de Rubén aparece ligada a la de Valle, tal como los vieron a diario, en el Madrid finisecular, los escritores más jóvenes. Juan Ramón Jiménez rememora cómo a sus diecisiete años, con la compañía de Villaespesa, se acercó por vez primera a Valle-Inclán al tiempo que don Ramón leía, declamándolos, los alejandrinos parnasianos de «Cosas del Cid», de Rubén, publicados en un número de *La Ilustración Española y Americana*; tenía lugar la escena en Casa de Pidoux, un local estrecho, largo y hondo; feo, sucio e incómodo; «lo único bueno —escribe Juan Ramón—, al parecer, es el alcohol en sus múltiples destilaciones y etiquetas. Rubén Darío pide una vez y otra vez «whisky and soda», coñac Martell tres estrellas». Rubén escucha «estático» a Valle; «Rubén Darío, botarga, pasta, plasta, no dice más que "admirable" y sonríe un poco, linealmente, más con los ojillos mongoles que con la boca fruncida». De Rubén, Juan Ramón Jiménez recuerda sobre todo, como Ricardo Baroja, sus silencios, el uso del adjetivo «admirable». La semblanza de Rubén Darío trazada por Juan Ramón Jiménez en 1940 nos presenta al hombre dominado por «el efluvio de Venus», mareado siempre «de la Venus», «siempre Venus vijilándolo, desde la juventud». Rubén Darío correspondió a la temprana admiración de Juan Ramón Jiménez con un examen elogioso de su obra poética, el artículo «La tristeza andaluza», recogido en *Tierras solares*; en él, y aludiendo concretamente a su libro *Arias tristes*, escribe: «Desde Bécquer no se ha escuchado en este ambiente de la península un son de arpa, un eco de mandolina más personal, más individual». El libro *Ninfeas*, de Juan Ramón Jiménez, lo prologa un soneto de Rubén.

Antonio Machado, cuya relación con Rubén dio comienzo en París, le dedicó «Los cantos de los niños», texto poético incluido en *Soledades* (1903); de Antonio Machado, y en el artículo «Nuevos poetas de España», luego recogido en su libro *Opiniones* (1906), escribe Rubén: «es quizá el más intenso de todos. La música de su verso va en su pensamiento. Ha escrito poco y meditado mucho. Su vida es la de un filósofo estoico»; refiriéndose ahora a su hermano Manuel, añade: «es fino, hábil y exquisito. Nutrido de la más flamante savia francesa»; se revela en muchas de sus poesías, concluye, como un perfecto verleniano. Gregorio Martínez Sierra, otro de los escritores en los años iniciales del siglo más influido por Rubén Darío, escribe sobre él en su libro *Motivos* (1906); textos poéticos de Rubén figuran como encabeza-

(22) J. RAMÓN JIMÉNEZ: «Ramón del Valle-Inclán (Castillo de quema)», *Páginas escojidas. Prosa*, 133-42 (Madrid, 1958). El artículo, también de J. RAMÓN JIMÉNEZ: «Rubén Darío» (1940), aparece reproducido en su obra *Españoles de tres mundos*, 121-25 (Madrid, 1960).

miento de las obras de Martínez Sierra *Teatro de ensueño* («Melancólica sinfonía de Rubén Darío») y *La casa de la primavera* («Balada en honor de las musas de carne y hueso»).

La relación de Rubén Darío con los poetas de la generación de 1886 en los primeros años del siglo ha sido sometida a comentario crítico, a valoración, por varios estudiosos del movimiento modernista. La primera referencia de interés la contiene el artículo de Manuel Machado «Los poetas de hoy» (23). Años después será Cansinos-Asséns quien afirme: «En el nombre de Darío se simbolizan todos los anhelos, todas las congojas y todos los triunfos de esta gesta lírica por la originalidad y la belleza que aún no está definitivamente cumplida» (24). En sus conversaciones con Ricardo Gullón (25), Juan Ramón Jiménez, recordando años juveniles, recuerda: «hubo un tiempo en que Machado [Antonio] y yo nos paseábamos por los altos del Hipódromo, en las tardes de verano, recitando versos de Darío»; con Rubén Darío, añade Juan Ramón, llegó a España el modernismo: «Darío nos trajo... un vocabulario nuevo que correspondía a una forma sensorial y no a una forma hueca, como creían algunos necios. Ese vocabulario nos llegó muy adentro». A la hora de su muerte, en cierto modo en nombre de todos los poetas que aprendieron de él nuevas formas de expresión, escribió Manuel Machado este «Epitafio»:

*Como cuando viajabas, hermano, estás ausente,  
y llena está de ti la soledad que espera  
tu retorno... ¿Vendrás? En tanto, Primavera  
va a revestir los campos, a desatar la fuente.*

*En el día, en la noche... Hoy, ayer... En la vaga  
tarde, en la aurora perla, resuenan tus canciones.  
Y eres en nuestras mentes, y en nuestros corazones  
rumor que no se extingue, lumbre que no se apaga.*

*Y en Madrid, en París, en Roma, en la Argentina  
te aguardan... Donde quiera tu cítara divina  
vibró, su son pervive, sereno, dulce, fuerte...*

*Solamente en Managua hay un rincón sombrío  
donde escribió la mano que ha matado a la Muerte:  
Pasa, viajero, aquí no está Rubén Darío.*

LUIS S. GRANJEL  
Gran Vía, 19, 2.º derecha  
SALAMANCA

(23) Incluido en *La guerra literaria (1898-1914)*, 15-38. Madrid, 1914.

(24) R. CANSINOS-ASSÉNS: «Rubén Darío», *Poesías y prosistas del Novecientos*, 9-21. Madrid, 1919.

(25) R. GULLÓN: *Conversaciones con Juan Ramón*, 51 y 56. Madrid, 1958. Sobre el modernismo, episodio fundamental en la historia de la literatura española contemporánea, cf. la obra del mismo autor: *Direcciones del Modernismo* (Madrid, 1963).



